

“Si no os arrepentís, todos pereceréis” (Lc. 13:3, 5)

Sal. 85; Ez. 33:7-20; 1 Co. 10:1-13; Lc. 13:1-9

Hohenau,
Jesús,
Cap. Miranda.**1. Arrepentirse o perecer**

1 En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. 2 Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? 3 Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. 4 O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? 5 Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

¿Qué noticias han visto últimamente? ¿Qué noticias brindan los medios de comunicación? En verdad predominan las noticias relacionadas con escándalos de corrupción, con accidentes, con enfermedades infecciosas, con temas relacionados a asesinatos y muertes.

Un día le contaron a Jesús de una tragedia semejante, que hoy día sería noticia en los principales medios de comunicación. La noticia cuenta de la actitud represiva de un gobernante, Poncio Pilato, hacia unos revolucionarios de Galilea, hacia unos rebeldes que venían a alterar el orden público. La reacción del gobierno romano no se hizo esperar, y Poncio Pilato mandó capturarlos, matarlos e incluso que la sangre de estos terroristas fuera mezclada con la sangre de los corderos que ellos sacrificaban a Dios.

Jesús contesta a este comentario. Y luego también les recuerda una segunda noticia, que había pasado un tiempo atrás: un accidente que ocurrió en la ciudad de Jerusalén, donde una torre se vino abajo, y murieron unas 18 personas en aquella oportunidad. Personas que pasaban por ahí, cerca del estanque de Siloé, y tuvieron la mala suerte de morir aplastados por las piedras que hacían parte de aquella torre.

¿Qué pensaba esa gente sobre estas dos noticias lamentables? ¿Qué pensaban sobre las personas que murieron en el accidente de la torre en Siloé, y sobre los rebeldes galileos que Poncio Pilato mandó matar? La opinión de la mayor parte de las personas, era que tanto los rebeldes galileos como las personas que murieron en el accidente de la torre, eran más pecadores que los demás, y que por lo tanto era justo que murieran de esa manera. Se pensaba que de algún modo estas personas merecían morir de aquella manera, sea bajo la mano del gobierno, sea por medio de un accidente. Se pensaba que estas personas eran más culpables que los demás, que cometieron algún pecado que provocó la ira de Dios, y que por eso Dios, como castigo, los llevó a morir de esa terrible manera.

Son pensamientos que también pueden pasar por nuestra mente. Pensar que tal persona murió de esa manera, porque se lo merecía, porque era justo, porque así tenía que pasarle, por algún mal que le hizo a la sociedad, o a alguna persona, o simplemente porque su mala manera de vivir le llevó irremediablemente a ese triste final.

Ahora bien, ¿qué dice Jesús de todo eso? ¿Está bien pensar así? ¿Será que tiene razón esa gente, pensar de su prójimo de esa manera? ¿Qué opina Jesús? Él les dice de la siguiente manera: “No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lc. 13:3, 5). Jesús dice “No”, no está bien pensar así. “No”, ustedes están equivocados. “No”, no es por las razones que ustedes están pensando, que esas personas murieron de ese modo tan terrible. “No”, no es por eso.

Pero Jesús se reserva el por qué murieron así. No les contesta la razón, el motivo, por el cual esas personas murieron. No se los dice, porque no es necesario. No hace falta preguntarse, ¿por qué murió así, y por qué no de aquella otra manera? Jesús no les contesta la causa de la muerte de aquellas personas. La verdad es una pregunta que todos nosotros alguna vez nos hacemos: ¿Por qué murió? ¿Por qué tuvo que sucederle así? Pero Dios no nos contesta la razón en este

pasaje. Solamente podemos decir con San Pablo, que *“la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Ro. 6:23).

A pesar de los esfuerzos que hagamos, a pesar de que lo intentemos, no podemos saber la causa final de la muerte de tal o cual persona. Dios se ha reservado eso para sí mismo. Lo que sí nos ha revelado Dios, a lo cual debemos aferrarnos, es que hay una causa común a todos, por la cual morimos, y esa causa se llama “el pecado”, el pecado original que heredamos de Adán y Eva. Eso debemos reconocerlo. Pero más importante todavía, además del reconocimiento de nuestro pecado original, es el depositar la fe en aquel que venció a la muerte por nosotros, en aquel que sufrió una muerte terrible en la cruz para vencer al diablo y al pecado, y que al tercer día resucitó de entre los muertos: la fe en la justicia salvadora de nuestro Señor Jesucristo. El propósito de Dios, fue enviar a su Hijo Jesús al mundo, para sufrir el castigo por el pecado, la muerte, en mi lugar, para que a cambio él me diera el regalo inmerecido del perdón de mis pecados, y la vida eterna.

Este regalo inmerecido de Dios en Cristo, ha de moverme a un diario arrepentimiento, para no perecer en mis pecados, y ser condenado. Esto es lo que Jesús les dice acto seguido a la gente que estaba hablando con él: *“Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”* (Lc. 19:3, 5). El diario arrepentimiento es necesario para una vida de fe. No existe fe donde no existe el diario arrepentimiento. Jesús les está diciendo: “No se engañen. Ustedes piensan mal de su prójimo, que piensan que porque murieron de esa manera, eran más pecadores que ustedes. Ustedes piensan que porque están Bautizados y participan de la Santa Cena alguna vez en el año, serán salvos. Pero yo les digo: Si no se arrepienten, ustedes también morirán en sus pecados”.

Estas personas, al oír a Jesús, se habrán admirado. Porque si estaban conversando con Jesús, es porque eran personas interesadas en las cosas de Dios, personas que se habían acercado a él para aprender más de Dios. Y resulta que Jesús les dice: “Si no se arrepienten, ustedes también morirán en sus pecados”. Porque la salvación no se trata de tener más conocimiento de Dios; se trata de la fe que viene de Dios. Pero esta fe salvadora, nace en el arrepentimiento. El mismo implica reconocer primero que no merecemos el trato favorable de Dios. Reconocer que Dios es justo, y nosotros los injustos, porque nos hemos creído justos según nuestra opinión; pero que al final, somos todos lo mismo, que no hay diferencia entre sabio e ignorante, ricos y pobres, sino que todos nos hemos desviado del plan original de Dios, y que hemos ido tras nuestras propias ilusiones y deseos, y que hemos dejado a Dios de lado. Y eso tiene un nombre: idolatría. Fue la auto-adoración, el orgullo, que nos alejó de Dios.

Pero Dios, movido a misericordia, vino a nuestro encuentro. No se quedó en su trono. Tampoco nos trató como Poncio Pilato. Sino que envió a su Hijo Jesús para salvarnos. Cuando nada sabíamos de Dios, la voz humilde y calmada del Espíritu Santo habló a nuestros oídos para traernos la fe en Cristo. Vino en la voz de la madre que leyó una historia bíblica a su hijo, vino en la voz del padre que hizo una oración en familia antes de comer; vino en la voz del hermano que transmitió el consuelo de un versículo bíblico; vino en la voz del pastor que enseña la Palabra con fidelidad.

Cuando nada podíamos hacer, Dios lo hizo descendiendo del cielo y por su Espíritu Santo nos hizo parte de su reino eterno, por medio de las aguas del santo Bautismo. Aguas que nos limpiaron y consagraron con herederos del cielo, porque estaban conectadas a la Palabra del evangelio. Cuando ya nada nos resultaba sabroso y saludable, Dios mismo dispuso una mesa para nosotros, la mesa a la que su Hijo Jesús nos convida en la Santa Cena, para venir a nuestro encuentro, para perdonarte con su propio Cuerpo y Sangre, para estar entre nosotros como familia de Dios, la iglesia cristiana. Es por estos medios de gracia, Palabra, Bautismo y Santa Cena, que Dios nos limpia de pecado, obra el arrepentimiento y la fe en los corazones, y los libra de la muerte eterna, y nos concede la tranquilidad de sabernos amados y protegidos por Él.

2. Producir o perecer

6 Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. 7 Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? 8 El entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. 9 Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después.

Finalmente, Jesús relata una parábola, para explicar un poco más lo que les venía diciendo. Jesús les compara la actitud rebelde del pueblo judío, a la de una higuera que no produce frutos desde hace ya tres años. Esa higuera se encuentra en medio de un viñedo. El dueño del viñedo, cansado de esperar que su higuera produzca frutos, le dice al viñador que la quite. Pero el viñador le dijo: “Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después” (Lc. 9:8-9).

Por eso, el Señor les invita en esta Cuaresma, a reconocer su paciencia. Así como Jesús por tres años les predicó al pueblo judío, para que se vuelvan a Dios, así también hoy día Dios nos sigue predicando y enseñando para nuestra salvación. Pero la paciencia de Dios tiene un límite. Él un día juzgará al mundo con justicia por medio de Cristo. Aprovechemos el tiempo presente, entonces, para volver al Señor.

La Cuaresma también nos invita, a darnos cuenta de que una higuera no produce frutos por sí misma, sino que necesitamos de la ayuda de Dios para producir. A menos que Él, por medio de Cristo, no venga primero, abonando con su evangelio de perdón las raíces de mi vida y de mi familia, nada puede resultar. Como Cristo dice en otra parte: “*porque separados de mí nada podéis hacer*” (Jn. 15:5b).

Por lo tanto, pidamos al Señor en esta Cuaresma: “Señor, sé paciente conmigo. Hecha abono de misericordia, fe y amor en la higuera de mi vida, de mi familia, de mis hijos, de esta iglesia; para que así pueda, para que así podamos, producir frutos de justicia que sean de tu agrado. No nos cortes, como en verdad merecemos, alejándonos de tu presencia para siempre. Al contrario Señor, por tu gracia, por tu Hijo Jesús, sálvanos, y ayúdanos a vivir fielmente el bautismo como iglesia cristiana, como familia de Dios, como hijos tuyos. Amén”.